

La canilla de Don Quijote

—¿Y cómo es tu ciudad?

Suena de lejos la pregunta, como si pasara a través de algo. Durante el viaje ha venido haciendo esporádicos recuerdos. Su hijo lo escucha. ¿Lo oirá, además? Nunca oirá, seguramente —¿quién podría oír?— qué mundo traen a su memoria esas palabras. Cuando habla de la plaza, ¿cómo esperar que él entienda cuál plaza, y qué hay en ella (y qué ya no hay, sobre todo)? ¿Y si le nombra las baldosas que en la plaza siguen destiñéndose de tiempo, y lluvia, y sol? ¿O si le dice que hubo peces de colores en la pileta cursi que aún está, con sus rocas fingidas en cemento?

¿Le dirá algo al decirle aquellas cosas?

Un mundo, sí. Las Fiestas de la Primavera, el paseo de las tardes, las damas con sombrero, los infaltables barquillos del domingo, el helado en cucurucho: son parte de la plaza. Son parte suya de la plaza. Son sus estampas de la plaza, no la plaza concreta que verá su hijo en un momento más. La que fue se perdió en algún perdido entonces. Cuando la vean, los dos verán algo distinto.

Pero, ¿cuál es más real? ¿Cuál es la real? ¿El objeto o la historia?

El auto cruza el puente sobre el río Lircay. Unos minutos más y ya entrarán en Talca. A su derecha dormitan los cerros de la costa, que han ido a echarse junto al horizonte. Qué facha tienen de dormir, de disfrutar. Podrían ser perros recostados bajo el sol. A su izquierda, la cordillera y los volcanes. Va diciendo los nombres:

—Quizapu allá, ahí el Descabezado Grande, el Chico, el Peteroa.

Y su hijo escucha, asiente, y él teme que esta música de nombres no logre decir nada a sus oídos sin memoria. Que le oiga en la actitud en que se miran fotos viejas de personas que no se conocieron, o de lugares donde no se ha estado, ni interesan.

—Cuéntame —apremia el hijo.

—¿Eh? —despierta.

—Tu ciudad, ¿cómo es?

Le nace responder: Es mía. Es imposible transferirla.

—¿Mi ciudad? —repite, y calla.

En algún sitio, entre no sabe qué papeles, conserva una instantánea (desteñida ahora, igual que han desteñido el rojo, el amarillo, el azul de las baldosas de la plaza). Debieron de tomarla por 1930, o 31: se ven el banco, la Intendencia, un tranvía en la Uno Sur, y más atrás, un Ford de bigotes cargado de nostalgia. Ahí aparecen ya las palmas de hoy, entre otros árboles sin nombre. Una mujer con un canasto, tres hombres a caballo (visten ponchos). Todo eso, en tono sepia.

Sepia, el color de la memoria.

—¿Mi ciudad? Era chica cuando yo era chico.

—Ha progresado.

—No, no. No quiero decir eso —piensa un momento—.

Es que andabas y con muy poco andar las calles se volvían campo.

Pausa.

—Había sosiego —dice.

Sosiego: le gusta esta palabra. El hijo (¿quizá por dar conversa?) le pregunta:

—¿Qué edad tenías esa vez que te perdiste a la orilla del río?

—¿Perderme yo, en el río? Absurdo. Perseguí a unos cuatreros que saltaron la pastelería de Hojas...

El hijo sonrío, paternal (existe una sonrisa paterna de los hijos a los padres):

—¿Tú nunca hablas en serio?

Solemne:

—¡Siempre!

—¿Tampoco te perdiste el día en que el señor del Lurín te encontró vagando sin rumbo por el campo?

—El perdido era él. Yo logré rescatarlo de los Pielas Rojas y lo acompañé hasta el Fuerte.

—¿Los indios que veías en las películas de... cuál era el teatro?

—Teatros —corrige—: Había dos, qué te crees: el Municipal y el Palet.

—Serían películas mudas.

—Algunas. Ya empezaban a llegar otras con voces.

Su hijo parece espiarlo, preguntarse cómo sería el padre en ese tiempo. El padre asoma la mirada por la ventanilla del auto. Después de un rato, su hijo murmura:

—¿A qué estás recorriendo la ciudad, antes de que lleguemos? Él se da vuelta, lo observa.

—¿Con qué derecho adivinas?

—Recorre lo que quieras por dentro, pero cuenta.

—Sí —dice, distraído.

...Ha vuelto a caminar por sus recuerdos ¿Contarle a su hijo lo que ve? Una vez más, reflexiona: no se transfiere la experiencia. Nada es objetivo. Quizá menos que nada los objetos. Una casa no son paredes, pisos, metros cuadrados de esto o de lo otro. Eso es lo real, ¿y habrá algo más irreal que lo real? También: ¿Qué más real que lo irreal, lo que llevamos dentro, estemos donde estemos? Tu ciudad no está hecha de calles y edificios: esos quizá la hagan ciudad; tu ciudad son las huellas que dejas por el hecho de vivir ahí; las palabras que dijiste u oíste, y un eco que no es eco almacenó en el aire...

—¿No me vas a contar?

—¿Contarte qué?

—Lo que ves mientras cierras los ojos.

Los cierra, a ver qué ve.

—¿Qué más había en Talca? —apremia su hijo.

—¡Uh!

—Eso. Dilo.

Él hace como si todo fuera broma:

—La estación era algo vivo. Iban y venían trenes. Las familias llegaban a esperar a sus viajeros. El tren era una cosa enorme que hacía retemblar la plataforma. Me daba susto. Había unas locomotoras que llamaban Mikado. Entraban humeando, tocando la campana, el pito, echando resuellos de vapor. Ir allá era un paseo, igual que el de la plaza... Señoras con sombrillas, caballeros con hongo...

—¿De qué época me hablas?

—De este siglo, del veinte.

—¿Y todavía usaban sombrillas?

—Todavía. La madre de mi madre alcanzó a lucir de esos sombreros con plumas que cada uno parecía un avestruz.

—¿Cuándo llegó a Talca la familia?

—El primero-primero fue el tío Jerónimo. Los tíos Jerónimos.

—¿Padre e hijo?

—Jerónimo y Jerónima. Marido y mujer. Él era hermano del abuelo Ángel. Alcancé a conocerlo: bajito, arrugado, con mucho aspecto de muy poca cosa. Sin embargo, a los treinta y tantos era una leyenda. Un Juan Tenorio. Seguía vistiendo a lo petimetre...

—¿Se decía petimetre?

—Se decía. Había que ver al tío Jerónimo con su camisa de cuello tieso, corbata viva, zapatos de charol. Un pajizo con franja, en el verano; pañuelo blanco asomado al bolsillo. Bastón: jamás salía sin bastón y sombrero. El bastón no era solo para cojos. También para pijes... Sobre todo para pijes.

—¿Pijes?

—Cuicos, ¿dicen ahora? —pausa—. Fue muy picado de la araña. Sabrás lo que es, supongo.

—¿Verde?

—Verde, conquistador. Siempre llevaba «un clavel en el ojal y un piropo en los labios», igual que en la zarzuela. El abuelo Ángel, bastante mayor que él, lo mantenía con rienda corta. A las ocho de la noche, en casa era la consigna. Y ahí estaba Jerónimo, a las ocho. Pero a las once o doce volvía a salir, a escondidas... Tu abuela Jovita... tu tatarabuela, claro, le abría la puerta después, a las tantas de la madrugada.

—Miren doña Jovita.

—Se hacía la dormida hasta que oía un rasqueteo de uñas en los vidrios de la mampara. Se levantaba en puntillas y dejaba entrar al calavera, así se decía entonces. ¿Y ahora?

—No sé: ¿carretero?

—Carretero: puaj. Nunca se pusieron de acuerdo, ella y él. Si el trato hubiera sido explícito, la abuela Jovita se habría sentido pecando.

—Pero le abría, y él sabía que iba a abrirle.

—No solo: al día siguiente ella misma le daba una raspa... «¡Jerónimo, ¿qué hacías fuera?!». «Tomar aire, ¿sabes?». «Pensé que podría ser el gato». Hablaban como creyéndose uno a otro. Como en una comedia. La esposa niña y el libertino.

—Pilla, la abuela.

—Nnn-no sé. Era tan ingenua. Me cuesta creer que fuera capaz de imaginarse lo que hacía Jerónimo. Alguna vez lo conminó: «Dime, a ver: ¿en qué anduviste?». Él: «Te faltaría el respeto». Ella se murió de susto al oírlo. La abuela Jovita era uno de esos seres etéreos que quedan sobrando de los cuentos de hadas. Vivía sin tocar el suelo.

—¿Soñadora?

Reflexiona un momento.

—No es esa la palabra exacta. Soñaba, sí. Pero es que nunca supo mucho de cosas concretas. ¿Sabes dónde llevaba las cuentas de la casa? En un tarro de café vacío. Nunca anotó un número: metía la plata y sacaba la que le hiciera falta mientras quedara. Lo raro es que le alcanzaba. Sin calcular. Puro instinto. Les tenía horror a las sumas, las restas... Qué hablar de esas horribles multiplicaciones. «A mí no me den esas tablas», decía.

—Debió de tener hada madrina.

El padre sonríe:

—La tuvo, una vez por lo menos. Cuando murió el abuelo Ángel...

—El Ángel custodio.

—El Ángel custodio le dejó en herencia tres casas. Vivía en una y arrendaba las otras. Para la crisis, los dos arrendatarios se fueron. Se fueron debiendo. El tío Jerónimo fue su administrador de propiedades. Una vez al mes, le pasaba un tanto. No tanto. La abuela Jovita se agarraba la cabeza a dos manos. No creo que lo haya hecho de angustia: es porque sabía; en casos así, las viudas padecen. Se quejaba de la boca para afuera. Después iba al tarro y sacaba lo justo. Nunca le faltó.

—¿Y cuál era el hada? ¿El tío Jerónimo?

—La Dominga, el hada de la cocina. Iba echando su sueldo, gotita a gota, en el tarro. Así no se notaba. El tío Jerónimo pilló el truco después de dos años. Sus cuentas no calzaban. Escarbó, escarbó y la Dominga terminó confesando. Alegó un atenuante digno de la abuela: «¿Y qué iba a hacer? Si le faltaba plata quedaba yo sin trabajo».

—Me habría gustado conocer a la abuela.

—Te habría gustado. Era casi irreal, y a la vez tan corriente. Chacotera, maliciosa sin maldad. Juraría que cuando se casó pensaba que iba a encargar sus hijos a París.

—O a Londres.

—¿Sabes de dónde salió eso de Talca, París y Londres?

—De lo parados que son los talquinos.

—En parte. En la Uno Sur tuvo tienda un monsieur Bedineau o Bodineau. Importaba sombreros de Europa. Puso un cartel con el nombre del negocio y abajo: «Talca, París, Londres». Se venden en Talca; vienen de París y Londres. Era cierto. Los importaba. Esa es la historia. Pero entre el orgullo de los talquinos y la envidia de ciudades menos importantes...

—Santiago, por ejemplo...

—Tú lo dices —pausa; sonrío a otra idea—: A propósito de orgullo: en 1827, Talca se declaró independiente.

—¿Cóoomo?

—El Congreso la puso en la jurisdicción de Colchagua y los talquinos dijeron nones. Duró poco, pero duró.

—Mira tu pueblo. ¿Y la canilla de Don Quijote?

—Ya te contaré. Mira. Ahí estaba el garaje de Varoli.

El auto empieza a entrar en la ciudad.

—¿Y el tío Jerónimo y la tía Jerónima?

—Los Jerónimos, según mi abuela. Ella decía que su casa fue «el monasterio de los Jerónimos», con la tía como la madre superiora y su marido verde como hermano lego... Lo sujetó a lo que pudo mientras pudo. Murió antes que él. Él se esponjó. Ya viudo, viajaba a Santiago y «se iba de cabaret». Nada malo, supongo. A los noventa años...

—¡Noventa!

—A los noventa y seis vio su último vodevil y al último médico. Tenía «un dolorcillo» que resultó cáncer a los riñones. Murió al par de meses... piropeando a las enfermeras.

—¿Cómo era la tía?

—Una caturrita. Todas las facciones en miniatura. Tejía chalecos para pobres. Nunca botó un trapo. Era pecado desperdiciar. Deshilaba la ropa vieja y con ese hilo, no sé en qué forma, cosía para los enfermos del hospital o los niños del orfanato.

—Me gusta la tía.

—Yo alcancé a conocerla. Un personaje —sonríe a la memoria—. Cada noche les leía a sus hijos un pedazo del Quijote.

—¿A qué edad?

—Cualquiera. Era muy sistemática. Mataba dos pájaros de un tiro: sentaba a cada uno en su pelela y los hacía escuchar.

—¿Entendían algo?

—Primero oírían la música de las palabras, supongo. Después, algo les llegaría de la historia. Y sobre todo la música de las palabras. Los tres tienen un vocabulario... Y una facilidad de expresión...

—¿Qué fue de ellos?

—Para la dictadura de Ibáñez, Jerónimo chico (que era enorme de grande) trabajó en la clandestina. Un día vinieron a buscarlo unos agentes.

Ya de noche —recuerda— dos hampones golpearon a la puerta del convento. Abrió la tía. «¿Qué quieren?». «¿Jerónimo Vega?». «¿Quién lo busca?». «Nosotros». «Ese no es nombre». «Seguridad». «Menos». «¿Usted es pariente?». «Sí». Jerónima enhiestó su módica estatura. El tipo: «Avísele». «Bueno», pero no se movió. «¿Va a avisarle?» Ella, muda. «¿Está o no?». La tía miró el hueco entre mampara y puerta de calle: «Aquí no está». «¿Sabe dónde anda?» La tía no supo mentir en su vida. Los miró de alto a bajo: «¿Se lo diría si supiera?». «Déjenos pasar». Ella volvió a erizarse: «En mi casa no entra nadie que yo no conozca ni invite».

En eso llegó el tío. «¿Qué pasa?». «Estos señores buscan a Jerónimo Vega». Él comprendió. «Yo soy Jerónimo Vega», dijo, como quien dice: el príncipe de Asturias. «¿Qué se les ofrece?». «¡Cómo va a ser usted!». Él mostró sus documentos y ahí acabó la aventura. No correspondía la edad.

—¿Qué fue del Jerónimo prófugo?

—Al revés de sus padres, era una torre de hombre. Flaco. Tuvo fama de loco. Recorría la ciudad en bicicleta. Tenía ideas estrafalarias para la época. Además, siendo ingeniero civil y socialista, compró un fundo.

—Y qué tiene de raro.

—Primero, que juntara la plata. No se da mucho en esta familia. Después, que explotó el fundo a medias con los trabajadores. Araba y sembraba al lado de ellos. Se dividían el producto. La gente respetable nunca le perdonó el mal ejemplo.

Pausa.

—¿El abuelo Ángel también fue picado de la araña?

—La seriedad misma, mi abuelo. Tuvo una biblioteca enorme. Escribía, daba conferencias. Si venía de fuera alguien importante, él lo presentaba en el Municipal —reflexionó un momento—. Tuvo un bastón famoso, ¿sabes?

El padre sonríe al recuerdo y va contándole al hijo la más

célebre aventura del bastón. Pasó a formar parte del leyendario familiar. Hubo un profesor del Liceo de Niñas que era varón de pocas luces, antiespañol según se usaba. Lo proclamaba en clase a sabiendas (y a gozandas) de que hería a Victoria, una de las hijas de don Ángel. Una mañana se le ocurrió afirmar que España no tenía escritores grandes. Francia, en cambio... La miraba de reojo.

Ella paró el dedo:

—¿Sí, señorita?

—Cervantes, señor.

—¿Cervantes qué?

—Es superior a cualquier escritor francés.

—¿Pretende enseñarme?

Con un esfuerzo, Victoria superó su cortedad:

—No creo que lo consiga.

—Insolente: papeleta y a la casa.

Al otro día llegó don Ángel, bastón de caña en ristre:

—¿El señor Ortiz?

Fueron a llamarlo. Era hora de recreo. Varias compañeras de curso vieron venir al «papá de la Toya» y adivinaron por qué. Corrió la bola. Se juntó un puñado de chiquillas alertas. Apareció un señor Ortiz rojo de premonición. Don Ángel se presentó:

—Montiel.

—Ortiz —repuso el otro.

—¿Apellido francés?

Ortiz, más rojo y sin perder de vista aquel bastón:

—No, señor.

Don Ángel fue al grano:

—Francia tiene buenos escritores —dijo—. Muchos de ellos admiran a Cervantes, y varios han tratado de seguirlo —pau-sa—. Mi hija, señor, no está aquí para que le pasen opiniones por hechos. Y menos para sufrir castigo por no compartir errores ajenos.

Ortiz no podía no mirar el bastón.

—Trato de...

—Trate un poquito más.

Antes de irse, don Ángel ofreció prestarle libros. ¿Tal vez el Quijote, obras de Lope, Calderón, Guillén de Castro?

—Racine y Molière imitaron algunas. ¿Le gustaría...?

Monsieur Ortiz —dirigiéndose más al bastón que a don Ángel— consiguió decir:

—Por ahora no, gracias.

Don Ángel siempre fue varón de paz. Se sorprendió al descubrir el valor extra-ornamental del bastón. Otro día, sin embargo, lo usó, y a conciencia. Caminando por la Alameda vio a un fulano que pateaba con rabia a un perro callejero.

—¿Qué hace usted?

—¿A usted le importa? ¿Es suyo el perro?

—El perro, no. El bastón, sí.

La historia terminó con el perro adoptando al abuelo. Vivieron juntos quizá cuántos años.

...Se van acercando a la Plaza Mayor. El padre muestra la Uno Sur, la Intendencia. Allá, la Catedral. A él mismo le parecen más verdes y frondosos los árboles. Hallan un hueco disponible delante del hotel y estacionan. Bajan las maletas, entran, se instalan en su cuarto. Él se asoma a la ventana, llama acá a su hijo, apunta a la calle:

—Ahora te contaré por qué dicen que ahí está enterrada una canilla de Don Quijote.

El hijo sonrío un poco al sesgo, con esa sonrisa paternal que a veces tiene:

—No has hecho otra cosa en todo este rato.